

OCAÑA EN AMÉRICA

P. JESÚS SANTOS, (O.P.)
Correspondiente

A modo de introducción.

Al intentar estudiar este tema de Ocaña en América, es insoslayable hacer referencia a lo que, sin duda, fue clave en el destino universal de España, a partir del siglo XV. Nos referimos a la unión matrimonial de Isabel y Fernando.

Tal vez, todo hubiera sido distinto si esa unión no hubiera tenido lugar. Fue este matrimonio el principio de una serie de acontecimientos trascendentales para la Historia de España y la Historia universal. Con el "tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando", se hizo realidad la unidad de España y, en consecuencia, fue posible y se realizó la incomparable, la grandiosa hazaña humana y española: el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Admitido todo esto, no se puede ignorar que Ocaña, esta villa toledana, medieval y santiaguista, estuvo muy presente en tan importantes acontecimientos ya desde sus orígenes. Hay documentos fehacientes que testifican que fue en Ocaña donde se proyectó y se rubricó aquel contrato matrimonial de quienes son conocidos con el sobrenombre de Reyes Católicos. Sobrenombre al que se hicieron acreedores, no sé si por sus profundas convicciones religiosas o por lo universal de su proyección histórica. Desde aquel fausto acontecer aparecerán, junto a los nombres de los inmortales monarcas, los nombres de dos ilustres ocañenses, D. Gutierre de Cárdenas y D. Gonzalo Chacón. El primero como consejero nato y confidente íntimo de la princesa Isabel de Castilla, y el segundo, como maestro y educador.

D. Gutierre de Cárdenas, hombre inteligente y hábil político, fue quien manejó la trama de las difíciles y complicadas negociaciones entre los emisarios de la corte aragonesa y los representantes de la corte de Isabel. Él fue el encargado de convencer a Isabel para que aceptase a Fernando de Aragón como el más conveniente y ventajoso

entre los varios pretendientes. Su nombre, junto al de Gonzalo Chacón, aparecerán entre los testigos del matrimonio realizado en Valladolid el 19 de octubre de 1469.

Por tanto, el nombre de Ocaña debe ir inseparablemente unido a la vida y a la actuación histórica de los que fueron protagonistas de la inmortal gesta del descubrimiento del Nuevo Mundo.

Pero además hay otros motivos para asociar el nombre de Ocaña con América. Hacia aquellas lejanas tierras dirigieron sus pasos muchos ocañenses, llevando a sus gentes lo mejor que tenían: su sangre, su saber, su espíritu y su fe. Soldados y misioneros recorrieron aquellas desconocidas tierras inmortalizándose con sus épicas gestas y dejando, como recuerdo de su paso, el nombre de su patria chica grabado en pueblos, ciudades y lugares.

En las listas de los embarcados para las Indias, aparecen con frecuencia apellidos como los Osorio, los Suárez, los Villalobos, los Villegas, los Pozuelo, los Céspedes, los Fernández de Busto, etc. Apellidos todos tan comunes y notables en esta villa toledana.

I.- Presencia de ocañenses en el Mundo Nuevo.

Quiero anotar, como advertencia previa, que no pretendo agotar un tema que, por otro lado, ya ha sido tratado más o menos parcialmente¹, sino contribuir de la mejor manera posible a dar a conocer algunos ocañenses que, por muy diversas razones, partieron para las Américas. El motivo que me ha movido a emprender este trabajo es la proximidad del año 1992, fecha de la celebración del V Centenario del Descubrimiento de América.

En esta gran empresa española estuvo también presente Ocaña. Villa tan cargada de historia que mereció ser morada de príncipes y reyes, lugar de celebración de Cortes y cuna de escritores y de héroes. Ocaña, que estuvo presente en tantas y tantas gestas importantes de la historia de España, no podía faltar en ésta, que es

¹ Este tema lo han tocado escritores bien conocidos, como Palencia, Jiménez de Gregorio, José María Gómez G., y otros. Pero debo referirme especialmente a D. Alfonso Aragónés, Académico y Secretario Perpetuo de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, el cual escribió un folleto titulado "Toledo en América" en 1925. Era un folleto de divulgación y se refería a toda la provincia, con explicables omisiones.

una de las más gloriosas y que ninguna otra nación puede presentar. Y Ocaña estuvo presente en este hecho histórico universal como portadora de fe, de cultura y de servicio, triple faceta de la conquista de los nuevos pueblos para Cristo.

Allí fueron exploradores, conquistadores, soldados, misioneros, escribanos y gobernadores, llevando consigo un gran bagaje de ilusión, de apostolado y de conquista.

Una segunda advertencia quiero hacer: que en esta breve reseña sobre los ocañenses que fueron a las Indias, incluyo, no sólo a los nacidos en Ocaña, sino también a los que vivieron en Ocaña y de aquí partieron para las nuevas tierras americanas, como portadores de esa cultura y de esa fe.

1.- Soldados, Capitanes, Letrados y Gobernadores.

Hernán Suárez de Villalobos.

El apellido Suárez de Villalobos es uno de tantos ilustres apellidos que aparecen en los viejos anales de la historia de la villa de Ocaña.

Hernán Suárez de Villalobos fue hijo del noble ocañense D. Juan Suárez de Villalobos, fiscal del Real Consejo de Indias. Al morir su padre, Hernán Suárez se incorporó a la Armada Real, consiguiendo, después de quince años de servicio, el grado de capitán. Bien pronto hizo honor a su rango militar luchando valientemente contra los piratas holandeses. Pocos años después casó con Dña. Juana Mendoza de Benavides, ilustre dama ocañense.

El gran prestigio y merecida fama de D. Hernán Suárez de Villalobos hizo que el Adelantado D. Alonso Luis de Lugo², reclamara

² D. Alonso Luis de Lugo fue hijo del Adelantado D. Pedro Fernández de Lugo, fundador de Cartagena de Indias. En 1535, padre e hijo partieron para el Nuevo Mundo. Después de una exploración por la provincia de Tairona, Luis de Lugo, sin saber por qué y sin dar cuenta a su padre, se embarcó para España. En 1539 le encontramos en la Corte, reclamando sus derechos sucesorios como Adelantado del Nuevo Reino de Granada. Al mismo tiempo llegó también a la Corte D. Gonzalo Jiménez de Quesada, verdadero descubridor y fundador del Nuevo Reino. Fuera porque eran mayores las influencias de Luis de Lugo o fuera porque Jiménez de Quesada retiró su petición, el caso es que Luis de Lugo fue nombrado Adelantado de Nueva Granada. Inmediatamente preparó su marcha para el Nuevo Mundo, llevando consigo un refuerzo de 300 soldados. Fue entonces cuando reclamó la presencia del capitán de navío Hernán Suárez de

sus servicios al tener que partir para las Américas en 1542. Atravesando el "mar tenebroso" (el océano Atlántico) llegaron a las Antillas, desde donde se dirigieron a la ciudad de Santa Marta (Colombia); pero sin detenerse se adentraron por tierras colombianas³, con el propósito de conquistar nuevas tierras para la Corona. Así lograron apoderarse de lo que después se llamaría Nueva Granada, nombre dado en memoria del conquistador Gonzalo Jiménez de Quesada, que era granadino. Terminada la dura campaña, y como recompensa, Hernán Suárez de Villalobos fue nombrado Corregidor de Tunja, La Palma y Túnez, sucesivamente. Más aún, el Rey le nombró Capitán General y Gobernador de Cartagena de Indias, donde acabaría sus días cargado de años y de méritos al servicio de la Corona.

Los Fernández de Busto.

Estamos ante otro de los ilustres apellidos ocañenses que durante los siglos XIV, XV y XVI escribieron páginas gloriosas. Originarios, muy probablemente, de Galicia, fueron traídos a Ocaña por D. Fadrique⁴, hermano bastardo del rey D. Pedro el Cruel. Además de D. Antonio de Busto, a quien Gonzalo Pizarro desterró del

Villalobos. Les acompañaban dos misioneros, solicitados por Fr. Bartolomé de las Casas, dominico, el famoso "Protector de los Indios". La expedición partió el año 1542.

³ El Adelantado se adentró por tierra con 300 hombres mientras disponía que otros lo hicieran remontando el río Magdalena. De la dureza y dificultad de la conquista dan idea los datos de que, cuando el 3 de mayo se encontraron en Vélez, al Adelantado sólo le quedaban 75 hombres de los 300 con que había partido, y de los 200 caballos le quedaban tan sólo 30. Cfr. GROOT, José Manuel, *Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada*, Bogotá 1869 y 1889; y Fernández Piedrahíta, *Historia General de la Conquista del Nuevo Reino de Granada*. Ha de tenerse en cuenta que con el nombre de Nueva Granada se designaba a toda Colombia, que tuvo esa denominación hasta 1863, en cuyo año definitivamente se la llamó Colombia,

⁴ D. Fadrique fue de la Orden de Santiago. Trajo a Ocaña, el año 1355 a D. Pero (Pedro) Fernández de Busto, que fue comendador de Yegros y casó con Dña. Teresa Fernández. Su hijo, Garci Fernández de Busto, fue el primer Señor de Cabezuelas. El hijo de éste, que llevaba su mismo nombre, fue maestresala del rey Enrique IV, y luego de los Reyes Católicos; tuvo dos hijos, Pedro y Andrés. El primero murió sin sucesión heredando su hermano Andrés de Busto, que casó con Dña. Mencía de Villegas. De este matrimonio nacieron cinco hijos y una hija: Francisco, Garci, Juan, Pedro Sancho y Juana. Francisco formó parte de la corte de Carlos V. Sancho Busto de Villegas abrazó desde joven la carrera eclesiástica. Llegó a ser obispo de Ávila, y vuelto a Toledo desempeñó

Perú por mantener su fidelidad a la corona de España⁵, tenemos los nombres de tres hermanos, que merecen les dediquemos un espacio en este breve trabajo, pues bien puede decirse que hicieron del Nuevo Mundo su segunda patria. Fueron éstos: Juan Fernández de Busto, Pedro Fernández de Busto y Garcí Fernández de Busto.

a) Juan Busto de Villegas

De los tres hermanos que marcharon para las Américas es del que menos sabemos. Solamente nos consta que el 17 de mayo de 1564 era Gobernador de Guatemala⁶. En la *Colección de Documentos Inéditos de Ultramar*, se habla de un tal Juan Villegas que, según parece, debe referirse al mismo Juan Busto de Villegas. Se dice que en 1553 fundó un pueblo llamado "Nuestra Señora de la Concepción", del puerto de Burburuata⁷. El historiador de Ocaña se limita a decir que Juan de Villegas "fue Gobernador y Capitán de Tierra firme en Indias"⁸.

b) Garcí de Busto

Como dejamos dicho, era hijo de Andrés de Busto y de Dña. Mencía. Fue caballero de Santiago, primer señor de Cabezuelas⁹. Antes de mediados del siglo XVI se embarcó para el Nuevo Mundo. Muy pronto fue nombrado Gobernador de Popayán (Colombia), el 31

el cargo de gobernador del arzobispado en tiempos de Carranza. Garcí, Pedro y Juan fueron a América.

El escudo de los Busto era: un águila abierta y puesta de espaldas, la mitad oro, en campo azul, y la otra mitad en azul, en campo de oro.

⁵ Cfr. Javier Malagón Barceló, "Toledo y el Nuevo Mundo en el siglo XVI" en *Anales Toledanos*, II, 1968, págs. 96-97. Sabido es que Gonzalo Pizarro, hermano de Francisco Pizarro, se proclamó rey independiente en Perú. Fue sometido a la corona por Lagasca.

⁶ C.D.I.U., XVII.

⁷ C.D.I.U., XVII, 256.

⁸ BALLESTEROS Y LARIZ, *Historia de la villa de Ocaña*, 2ª edic. 1877, tomo 2º, pág. 148.

⁹ LAS CABEZUELAS, fue una villa medieval, hoy desaparecida, sita en el término de Villatobas. Fue poblada por la Orden de Santiago en el siglo XIII, y hasta el siglo XVIII aun se conservaba allí una ermita.

de mayo de 1550¹⁰. Dos años después, una desventurada y terrible desgracia le privó de la vida a él, a su esposa, cuatro hijas y demás parientes que le acompañaban. El desgraciado incidente nos lo cuenta Fr. Juan de los Barrios, obispo de Santa María, en una carta "en la que refiere las curiosas aventuras que les acaescieron en su viaje y la llegada a su diócesis"¹¹. En dicha carta se dice:

"Salimos de la Gran Canaria el penúltimo día de diciembre, e navegamos doce días, el jueves en la noche, a 12 de enero, a las diez u once de la noche, saltó el fuego del farol de la Capitana, que era muy grande, e desconcertó el que traya, e prendió en el navío e quemóse todo a vista de toda la flota sin poderle remediar. Perecieron en él trescientas personas entre las cuales murió el muy honrado gobernador Popayán, e su mujer e cuatro hijas doncellas, e los hermanos, e parientes de él y de ella que consigo llevaba. Escapó sólo un hermano del gobernador que se llama Pedro Hernández de Busto, porque se echó a nado, e salióse en el batel con el General Carreño e otros diez y ocho marineros"¹².

c) D. Pedro Hernández de Busto.

Como acabamos de ver en la citada relación, hecha por el obispo Fr. Juan de los Barrios, Pedro Hernández de Busto, hermano del Gobernador de Popayán a quien acompañaba, pudo salvarse del trágico incendio que sufrió la Capitana. La suerte que le esperaba no podía ser muy halagüeña. Todo lo había perdido. Sólo le quedaba su honradez y caballerosidad y sus grandes cualidades de gobierno. Fue el mismo fray Juan de los Barrios quien se encargó de recogerle y de interceder por él ante el Rey. He aquí cómo nos lo cuenta en la relación-crónica enviada a S.M.: "A este caballero recibí en mi navío y le he traído y le traigo siempre conmigo y le tendré siempre en mi compañía hasta que Vuestra Alteza mande otra cosa, porque es muy honrado caballero y tiene mérito y habilidad para emplearse en servicio de Vuestra Alteza, y asentará muy bien sobre él cualquier oficio que fuese servido de le dar, y teniéndolo bien merecido los

¹⁰ C.D.I.U., XVIII, 62.

¹¹ La dicha carta está fechada en Tamalameque, abril de 1553. Archivo de Indias, Patronato. Est. 2º Caj. 2. Legajo 3º.

¹² C.D.I.U., XL, 421.

grandes servicios de su hermano, pues pereció en servicio de Vuestra Corona Real, él y toda su posteridad, y no creo que queda persona ninguna de su linaje más propincua ni en quien mejor se emplee la paga de tan grandes servicios. De mi parte suplico humildemente a Vuestra Alteza, vuelva los ojos de su clemencia a mirar a este noble caballero, que escapó en cueros como le parió su madre y padece gran necesidad; y ningún remedio tiene sino el que espera de Vuestra clemencia" ¹³.

Tan insistente como sincera súplica surtió su efecto: Pedro Hernández de Busto fue nombrado Gobernador de Popayán, como lo había sido su hermano. Así consta por otro interesante documento existente en el Archivo de Indias. Se trata de una relación escrita por Fr. Jerónimo de Escobar, de la orden de San Agustín, datada en 1582.

Esta interesantísima relación describe el carácter y costumbres de los indios de la provincia de Popayán, pero al mismo tiempo nos habla también del buen gobierno y de las acertadas disposiciones dadas por Pedro Hernández de Busto para esta provincia. "Asimismo hay en esta provincia de Popayán, en todos estos lugares, por pequeños que sean, dos alcaldes y dos regidores y un Teniente de Gobernador; de suerte que en muchos pueblos, y en los más, apenas se hallará hombre que no sea justicia, y andan en grandes bandos y disensiones sobre quien ha de ser Teniente; como quiera que para los negocios que se ofrecen, por ser tan pocos, eran bastantes los alcaldes ordinarios; así Pedro Hernández de Busto, Gobernador de Vuestra Alteza, mirando este negocio con mucha prudencia, quitó estos tenientes de los pueblos el tiempo que fue Gobernador y se quedó sólo con un Teniente General, que andaba con él por evitar ruido de los pueblos" ¹⁴.

No se sabe con certeza cuándo comenzó a ser Gobernador, pero debió ser el 13 de diciembre de 1573, cuando dejó de serlo D. Jerónimo de Silva ¹⁵. Tampoco sabemos el tiempo que gobernó, pero sí podemos entrever las buenas cualidades que tenía, tratando siempre de buscar la paz y el bienestar de sus súbditos. Asimismo,

¹³ Ibid., l.c.

¹⁴ C.D.I.A.O., XLI, 491.

¹⁵ C.D.I.H., XVII, 68.

no debemos silenciar sus buenas cualidades literarias, aunque de esto tengamos muy escasos datos. Escribió una elegía dedicada a su hermano y a todos los que perecieron ahogados en el incendio que se declaró en la Capitana y del que él salió milagrosamente ileso ¹⁶.

Antes de terminar esta breve reseña dedicada a los Hernández Busto, permítaseme lanzar una idea, que pienso tiene mucho de verosimilitud: ¿no será en memoria de Pedro Hernández de Busto por quien se dio el nombre de Ocaña a una de las ciudades de Colombia? Porque ciertamente se sabe quién y cuándo se le dio tal nombre ¹⁷, y se sabe también que se le dio en recuerdo de un Gobernador que era ocañense, nacido en la Ocaña de Toledo. Creo que no consta quién fue ese Gobernador.

Aún quiero añadir otro dato más respecto a este ilustre ocañense: Pedro Hernández de Busto fue señor de La Aldehuela y fundador del mayorazgo de dicho lugar ¹⁸. Al embarcar para el Nuevo Mundo, este mayorazgo pasó a su hermano, el licenciado Sancho Busto de Villegas, tan "conocido por sus letras", como dicen las crónicas.

¹⁶ R.A.H.M.A. 98 Colec. Muñoz, t. LXX, fol. 261-267.

¹⁷ Como más adelante veremos, la ciudad de Ocaña en Colombia fue fundada por Francisco Hernández Contreras, en 1572, con el nombre de Santa Ana de Acari. Más tarde, en 1576, le dio el nombre de Ocaña, en recuerdo de un muy notable gobernador ocañense. Por otro lado, consta que uno de los sobrinos de Pedro Hernández de Busto se llamaba Francisco Hernández. Lo que no sé es si vino o no de América.

¹⁸ La Aldehuela es un paraje situado al norte de Ocaña, a unos dos kilómetros. Refiriéndose al tiempo del que venimos hablando, se nos dice sobre este lugar en las *Relaciones de Felipe II*: "Hay poco menos de media legua de esta villa [Ocaña] la Aldehuela, que de su tamaño se puede decir es de las cosas buenas del Reino, donde hay buenas fuentes y estanques, y una muy buena y bien labrada casa de muchos y buenos aposentos, nuevos y labrados al tiempo, es del licenciado Busto de Villegas, Sancho, hermano de Pedro, del Consejo de la santa y general Inquisición y Gobernador del Arzobispado de Toledo. *Rel. de Felipe II*, cit. n. 25.

El cronista del Real Sitio (Aranjuez) añade que tenía hermosos jardines, adornados con mosaicos y grutas por donde salía el agua. Había gran abundancia de árboles frutales. En 1769 mandóse derribar la casa, deshacer las fuentes y jardines, arrancando gran parte de los árboles. En 1705 era propietaria de este lugar Dña. María Jacinta Caballero de Busto y Soto Mayor. Ese año lo vendió a Aranjuez, al Patrimonio Real, por el precio de 52.464 reales. ÁLVAREZ DE QUINDÓS, Juan A., *Descripción histórica del Real Bosque y Casa de Aranjuez*, pág. 190, Madrid, 1804.

D. Alonso Fernández de Palacios.

Entre los ocañenses que partieron para el Nuevo Mundo y en el ejercicio de las armas alcanzaron los honores de capitán, tenemos a D. Alonso Fernández Palacios. No es mucho lo que sabemos de él. Por los legajos del Archivo de Indias¹⁹ nos consta que era vecino de Ocaña y que murió, siendo capitán, en 1570. Tan lacónicos como precisos datos nos los transmite el obispo de La Puebla, Mons. Fernando de Villagómez, el cual, sintiéndose gravemente enfermo, hace testamento el 23 de noviembre de 1570. En una de las cláusulas de dicho testamento se dice: "Item. damos a nuestra sobrina doña Faustina, hija del capitán Alonso Fernández de Palacios, vecino de Ocaña, y de nuestra hermana doña Francisca Villagómez, mil ducados de Castilla, de buena moneda, para ayudar a su casamiento o para meterse en religión, por ser persona pobre y según su virtud se merece, tiene pocos bienes; los cuales (los ducados) los damos de nuestros bienes"²⁰.

Es de notar que no siempre la fortuna sonreía a los que como aventureros y conquistadores partieron para aquellas ricas tierras. Buena prueba la tenemos en este infortunado capitán Alonso Fernández de Palacios, que tan escasa herencia dejó a su hija.

Alfonso Guzmán de Valderrábanos y Juan Tovira.

También Alfonso Guzmán y Juan Tovira fueron capitanes en las nuevas tierras. Pero, como de tantos otros, son muy escasas las noticias que de ellos tenemos. Del primero sabemos que era capitán en las tropas de Pedro Fernández de Lugo, por tierras colombianas, en Santa Marta.

De Juan de Tovira se hace mención en los documentos que se guardan en el Archivo de Indias de Sevilla. Se dice de él que fue Factor en Tierra Firme (1514), y que acompañaba al capitán Pecherías Dávila. En 1517 aparece ya como capitán en la expedición de Río Grande de San Juan. Allí muere ahogado al año siguiente.

¹⁹ C.D.I.A.O. XI, 104.

²⁰ L.c. en la nota anterior.

Confiamos que alguien más afortunado descubra un día nuevos documentos y podamos conocer algo más de sus hazañas.

Los Osorios.

Aquí nos encontramos con otro de los apellidos de gran abolengo en Ocaña. Con este apellido aparecen ocañenses por tierras americanas. Además de Fr. Juan Osorio, que fue caballero principal en Ocaña y que luego se hizo franciscano, tenemos a Pedro Osorio, hidalgo ocañense, que en 1519 es compañero del licenciado Espinosa en Tierra Firme²¹. En 1535 se encuentra en Méjico como Alcalde Mayor de Miañas Taxco. Acompaña al virrey A. Mendoza en la pacificación de Nueva Galicia. Se casó con la hija del conquistador Fernando de la Torre. Más tarde pasa a ser encomendero y vive en las afueras de la ciudad de México (1547). La fortuna no le sonríe económicamente, y no puede hacer frente a los gastos que exigía su elevada condición social²².

Encontramos otro ocañense con el apellido Osorio: es D. García Osorio, que fue Gobernador en Cuba por el año 1564²³.

Juan de Villoria y Juan de Guzmán.

Juan de Villoria forma parte de la expedición de Diego Ordaz al río Marañón, en 1530. En este mismo año pasa a Cartagena de Indias los años 1537 y 1538 forma parte de la expedición del licenciado Vadillo a Urabá y a Calí.

También nació en Ocaña Juan de Guzmán, que partió para el Nuevo Mundo como simple soldado, pero después llegó a ser Contador Real en Toledo (Perú). Estaba casado con Dña. María de Padilla. Era hijo del caballero toledano D. Diego de Guzmán. En 1535 se encuentra en Lima como Contador de Diego de Almagro. En 1537

²¹ C.D.I.A., I, 10-18 y U, °0-87.

²² Otro Pedro Osorio aparece en 1565 pidiendo una escribanía en Chile. Cfr. C.D.I.A., I, 11-122. No consta que fuera ocañense.

aparece en la ciudad de Arequipa, y unos años después regresó a España (1544).

Juan Ledesma y Diego López de Haro.

Juan Ledesma es otro de los soldados que a principios del siglo XVI se embarca para las Indias. Acompaña al capitán Garay en la conquista de Guatemala. Después pasará a Méjico, donde le vemos como encomendero.

Por los mismos años y también como soldado, embarca Diego López de Haro, que llega a ser capitán de las tropas del Adelantado D. Pedro Fernández de Lugo. En 1535 se encuentra en Santa Marta (Colombia). Junto a él están en la misma ciudad los soldados Francisco Muñoz y Miguel Sánchez Fólgado, igualmente ocañenses.

Juan Manuel de Soto Mayor y otros más.

Para terminar esta breve lista de ocañenses que como soldados, capitanes, escribanos, contadores, etc., se hicieron presentes en las tierras recién conquistadas, mencionaremos a los siguientes: Juan Manuel de Soto Mayor²⁴; Baltasar Bogado y Melchor Machado, que en 1538 militan a las órdenes del gran conquistador Pedro Alvarado, en Guatemala.

En 1512, con el oficio de escribano, tenemos a D. Pedro López (1527); con la profesión de médico a D. Juan Cercado, que trabaja en Méjico en la primera mitad del siglo XVI. Y con estos últimos, y en la península de Yucatán, tenemos a Francisco Avendaños y Diego de Alvendos.

Juan Antonio Pozuelo y Espinosa.

Intencionadamente hemos dejado para este lugar el hablar

²⁴ El apellido de Sotomayor fue también apellido ilustre en Ocaña. Proviene de Galicia. El primero que llegó a Ocaña fue el padre de Juan Manuel, que fue caballero de Santiago. Cfr. Ballesteros y Láziz, *Historia de Ocaña*, tomo 2, 2ª edic., 1877, p. 150. Como armas nobiliarias tenían: "tres bandas negras en campo blanco cortadas por ambas partes con torques azules, entre y en los bordes". *Ibid.*

de éste, por tantos títulos, ilustre ocañense. Y esto por varias razones: porque es importante aclarar ciertas confusiones sobre su nombre, y porque su obra, como historiador y militar, lo merecen.

Lo primero que debemos aclarar es lo referente a su nombre: unos le dan el nombre de Francisco Pozuelo y Espinosa, y otros, el de Juan Antonio. Ciertamente pudiera tratarse de dos personajes distintos, pero no lo creemos así.

En la *Colección de Documentos Inéditos de Ultramar* se habla de un Francisco Pozuelo Espinosa²⁵, que en 1530 se halla en Cuba ejerciendo el cargo de Alcalde, y como tal dirige un informe a Su Majestad. Sin embargo, nuestro historiador y militar ocañense aparece en la vida activa por los años 1651. La confusión viene desde que, a principios de siglo, la prestigiosa *Enciclopedia Universal Espasa-Calpe*, tomo 46, al hablar de Pozuelo y Espinosa le da el nombre de Francisco. Dice literalmente:

"Pozuelo y Espinosa, Francisco.- Nació en Ocaña (Toledo). Era militar y sirvió de 1651 hasta después de 1691 en los ejércitos de Cataluña, Milanesado y Galicia. En 1683 tomó el mando de la caballería que se juntó para socorrer a la ciudad de Nueva Veracruz. Fue regidor perpetuo de la villa de Ocaña, de cuya población escribió la 'Historia', y además dejó, manuscrita, la obra titulada 'Arquitectura Militar', parte primera de las fortificaciones regulares, ofensa y defensa de las plazas fuertes, y formas de acuartelarse un ejército en campaña, etc.; al final trata también de los fuegos artificiales".

Suscribimos cuanto se dice aquí. Solamente discrepamos respecto del nombre.

No hay duda que el autor de la *Historia de la Villa de Ocaña* se apellidaba Pozuelo y Espinosa²⁶, pero no es menos cierto que se llamaba Juan Antonio, como seguidamente vamos a probar.

²⁵ C.D.I.U., VI, pág. 170; IV, pág. 110.

²⁶ Antes que Pozuelo y Espinosa, D. José Agraz Calatayud escribió una muy breve *Historia de la muy noble y muy leal villa de Ocaña, cabeza de los ocañes*. Esta obra quedó inédita, y por desgracia hoy está en paradero desconocido. Tenemos referencias que la manejaron, primero el cronista del Real Sitio, Álvarez Quindós (1804), y después Díaz Ballesteros y García Suelto en su *Historia de la Villa de Ocaña*, edic. 1875 y 1877.

D. José Agraz, como Pozuelo y Espinosa, podemos decir que recogió infinidad de datos y utilizó muchos documentos, hoy desaparecidos.

Que Pozuelo y Espinosa era amante de las cosas de su patria chica, dejó constancia en la lista y resumen que hace de los documentos existentes en el Archivo Municipal de Ocaña, y que envía a la Biblioteca Nacional. No ocultamos que hay muchas

Tenemos, primeramente, el testimonio de D. Miguel Díaz Ballesteros y de D. Benito Láriz, últimos historiadores de la villa toledana, que manejan (casi me atrevería a decir que copian) su historia. Siempre le dan el nombre de JUAN ANTONIO Pozuelo y Espinosa, y nunca el de Francisco. Para muestra citamos las siguientes palabras: "... siguió sus huellas un siglo después ²⁷ JUAN ANTONIO POZUELO Y ESPINOSA. La obra de éste basada en la de su antecesor (se refiere a la de José Agraz), mucho más extensa ²⁸. Los referidos historiadores mencionan repetidas veces Pozuelo y Espinosa, pero siempre dándole el nombre de Juan Antonio ²⁹, aunque algunas veces por abreviar digan Juan Pozuelo y Espinosa, o Pozuelo Espinosa, o Pozuelo a secas.

Que el nombre del historiador de Ocaña sea Juan Antonio y no Francisco lo atestigua también la crónica del convento de Religiosas Dominicas de Ocaña, en la que se encuentra transcrito todo un capítulo de la obra de Pozuelo, donde se le da el nombre de Juan Antonio. Por último tenemos el testimonio moderno de D. Francisco Lopera, que en su *Ocaña y su Reina* dice literalmente: "... merece consignarse lo que aparece en un libro manuscrito, muy voluminoso, que pasa por nuestras manos titulado *Memorias de Ocaña*, del que es autor don Juan Antonio Pozuelo", etc. ³⁰.

incorrecciones y hasta errores históricos (por otra parte muy comprensibles), como también ciertas exageraciones y hasta ciertas creaciones, fruto de la imaginación y del entusiasmo por algo que se ama: la historia de su patria chica.

Pero en su favor tenemos que hacer resaltar que, gracias a esa historia, después muchos han podido conocer y amar ese pasado glorioso, y servir de base para que otros puedan construir una historia crítica y documentada.

²⁷ Se refiere a D. José Agraz, que escribió su *Historia de Ocaña*, a mediados del siglo XVI.

²⁸ *Historia de la Villa de Ocaña*, Prólogo, 2ª Edic. 1877, pág. 11.

²⁹ Cfr. capit. 1º, pág. 37, tomo I, 2ª edic. 1877. En la página 38 hacen notar que la obra de Pozuelo está inédita y ponen el título íntegro: MEMORIAS ENCUADERNADAS CONTRA EL OLVIDO, DE LAS ANTIGUEDADES, GRANDEZAS Y COSAS MEMORABLES DE LA ANTIGUA Y LEAL CORONADA VILLA DE OCAÑA.

Es muy lamentable que hoy se encuentre en paradero desconocido esta obra. Nos consta que el último en "tenerla a la vista" es el autor de *Ocaña y su Reina* (1929), D. Francisco Lopera.

³⁰ Esta obrita de Francisco Lopera se editó en Alcalá de Henares, en 1929.

Y como si todas estas pruebas no fueran suficientes, en la Biblioteca Nacional aparece también el nombre de JUAN ANTONIO POZUELO Y ESPINOSA, unas veces copiando legajos existentes en el archivo municipal de Ocaña, otras simplemente haciendo una lista y resumen de otros.

Aclarado el asunto del nombre, solamente nos queda tratar de su presencia en el Nuevo Mundo. Su larga experiencia y sus cualidades de gran estrategia militar, puestas de manifiesto durante casi cuarenta años en diversas campañas en Cataluña, en el Milanesado y en Galicia, le hicieron acreedor de que le pusieran al frente de un ejército de caballería que había de conquistar y defender la ciudad mejicana de Nueva Veracruz, que el 17 de mayo de 1683 había sido tomada por los piratas, capitaneados por el "Lorencillo" (Laurent de Gaff).

No sabemos el tiempo que permaneció en tierras mejicanas, pues los cronistas son muy parcos en datos. Sólo sabemos que, después de tan ajetreada actividad, se retiró a su querida villa de Ocaña, dedicándose al estudio y a la lectura. Aprovechando aquella paz que ahora gozaba e impulsado por la natural quietud y el deseo de conocer el pasado glorioso de su querida patria chica, se impuso la tarea de revolver pergaminos y legajos. Fruto de estas investigaciones laboriosas fue la voluminosa historia que nos legó³¹. Asimismo, no pudiendo olvidar su vocación de militar, escribió otro libro titulado *Arquitectura Militar*, que se encuentra en la Biblioteca Nacional.

Alonso de Ercilla.

No ignoramos que Alonso de Ercilla no nació en Ocaña. Sin embargo, no es error ninguno considerarle ocañense como al que más. "Y es que Ocaña considera su hijo predilecto a D. Alonso de Ercilla de Zúñiga, como si en esta cien veces hidalga villa hubiera visto la luz primera tan glorioso poeta-soldado"³². Yo diría mejor, que el autor de *La Araucana* es universal: madrileño por nacimiento³³

³¹ Cfr. lo dicho en la nota 29.

³² ARAGONÉS, Adolfo, *Ercilla-Ocaña*, Toledo, 1934, pág. 136.

³³ Alonso de Ercilla y de Zúñiga nació en Madrid, el 7 de agosto de 1533.

sevillano por sus padres ³⁴, vizcaino por sus abuelos ³⁵, chileno por ser su primer historiador y cantor ³⁶, ocañense por el lugar de su reposo ³⁷, europeo y americano por incansable viajero ³⁸.

Ocaña y Alonso de Ercilla son inseparables desde que el destino, y por voluntad de María de Bazán, su esposa, eligieron esta villa para su permanente morada. Y si alguien intentara separarles, vería como todo un pueblo se uniría para reclamar unos derechos refrendados por más de cuatro centurias ³⁹.

Alonso de Ercilla, nacido en Madrid el 7 de agosto de 1533, huérfano de padre cuando tenía poco más de un año, entró desde muy joven al servicio del príncipe D. Felipe en calidad de paje, de cuya compañía no se separará hasta partir para América. No tenía más que 15 años cuando acompañó al futuro rey de España, el príncipe Felipe, por Europa (1548), y seis años después a Inglaterra,

³⁴ Su padre, D. Fortún García de Ercilla, eminente juriconsulto, nació en Sevilla.

³⁵ El abuelo, D. Martín Ruiz de Ercilla, Señor de la Torre de Ercilla, era natural de Bermeo (Vizcaya).

³⁶ A este respecto dice el escrito chileno Abraham Konig: "Cuanto a Ercilla que España nos perdone; porque él es el primer escritor chileno, el fundador de nuestra historia nacional, nosotros le reivindicamos".

³⁷ D. Alonso de Ercilla murió en Madrid, el 27 de noviembre de 1594. Recibió cristiana sepultura en el convento de carmelitas descalzas, llamado de "Las Baronesas", pero luego fueron trasladados sus restos a la Fundación de MM. Carmelitas de Ocaña (1595).

Ocaña, además de ser depositaria de sus restos mortales, es también poseedora de una preciosa reliquia perteneciente a D. Alonso de Ercilla: me refiero a su armadura, verdadero tesoro histórico-artístico, que hace ya casi cien años fue valorado en más de cien mil pesetas.

³⁸ Alonso de Ercilla, ya en el primer viaje, en el que acompaña al príncipe D. Felipe, sale de Valladolid en dirección de Zaragoza, para luego embarcar en el Puerto de Rosas (19 de octubre de 1548). Recorre Italia, Alemania y Luxemburgo, hasta llegar a Flandes para tomar posesión del Ducado de Brabante. Después irá también a Inglaterra. Cuando vuelva de América volverá a recorrer la mayoría de los estados europeos.

³⁹ Baste recordar lo que sucedió en 1869, cuando por decreto gubernamental fueron trasladados los restos de D. Alonso a Madrid. Poco después el pueblo de Ocaña lo reclama por medio de sus autoridades. El Ayuntamiento reunido en solemne sesión acuerda hacer las pertinentes gestiones para que los restos de D. Alonso de Ercilla le sean devueltos. Tan justas reclamaciones fueron atendidas, y el 4 de junio de 1877 fueron depositados de nuevo en el convento de S. José de las monjas Carmelitas de Ocaña.

con motivo del matrimonio con María de Tudor (1544).

Este viaje a Inglaterra había de ser la ocasión para que Alonso de Ercilla dirigiera sus pasos hacia aquel Nuevo Mundo, que deseaba conocer y en el que esperaba ver cumplidas sus ansias de aventuras y de hazañas que le cubrieran de honra y gloria. D. Jerónimo de Alderete acababa de llegar de aquellas tierras y era portador de noticias muy alarmantes⁴⁰. Con la misión de reprimir las rebeliones y sublevaciones en Perú y Chile fue nombrado Adelantado el mismo D. Jerónimo de Alderete. Alonso no se lo piensa dos veces, y se ofrece a acompañar al nuevo Adelantado. Con la venia de D. Felipe, Alonso se embarca para el Nuevo Mundo, el 15 de octubre de 1555, en Sanlúcar de Barrameda.

Apenas llegados a Panamá, el Adelantado muere, y Alonso de Ercilla puede decirse que "se queda sin valedor al principio de su carrera". Se dirige a Perú, que ya está pacificado⁴¹. En Lima, García Hurtado de Mendoza acaba de ser designado por su padre para capitanear los refuerzos que han de marchar hacia Chile, para sofocar el levantamiento de los araucanos, y así vengar la muerte del valeroso Valdivia. Alonso encuentra una vez más la oportunidad para lanzarse en busca de las aventuras con que venía soñando, y se alista en el ejército de Hurtado de Mendoza. Aquí comienza propiamente lo que había de ser el tema central de su obra épica, *La Araucana*.

Imposible sería seguir paso a paso las andanzas de este valeroso soldado y experto capitán, cantor más que vencedor de aquellos indómitos araucos. Atravesando bosques impenetrables, tierras pantanosas, escalando riscos y montañas, luchando contra enemigos belicosos, acechado siempre por mil peligros y privaciones, marcha desde La Serena hasta Chile, pasando por Coquimbo, Concepción y Valdivia, puesto el pensamiento en el estrecho de Magallanes. Cuando él y sus compañeros se ven extenuados y casi desnudos, avistan el archipiélago de Chonos, poblado de innumerables islas. Allí hallan acogida y descanso. Alonso, acuciado no sé si por curiosidad o por deseo de nuevas aventuras, recorre aquellas

⁴⁰ Los araucos se habían sublevado y dado muerte a Pedro de Valdivia (23 de enero de 1554).

⁴¹ Hernández Girón había sido derrotado y castigado, y estaba de virrey Andrés Hurtado de Mendoza.

islas estudiando las costumbres, ritos y ceremonias de aquellas gentes.

"Yo que fui siempre amigo e inclinado
a inquirir y saber lo no sabido,
que por tantos trabajos arrastrado
la fuerza de mi estrella me ha traído..."

Después se adentra en un bosque, y en el tronco del árbol más grueso que encuentra deja grabado su nombre para que todos sepan que hasta "aquí llegó, donde otro no ha llegado" ⁴².

Gracias a la pluma de tan valiente soldado, el mundo entero hoy es conocedor, no tanto de las innumerables batallas ganadas, cuanto de la bizarría y del carácter indómito de aquellos primitivos pueblos de la región andino-chilena. Con sinceridad y sabia destreza literaria deja escrita una bella página de la historia de aquel pueblo americano. Por eso, al nombre de Alonso de Ercilla irán siempre unidas la fama del valiente luchador, la corona de poeta-cantor y la inmortal honra de historiador fiel y sincero.

Al fin, cansado, no sé si del manejo de las armas, o tal vez disgustado por las injusticias humanas ⁴³, o deseoso ya de reposo y tranquilidad, Alonso de Ercilla abandona aquellas tierras con el espíritu más sereno y templado, y desde luego lleno de inolvidables experiencias ⁴⁴.

En España le esperan otras nuevas batallas: las de la diplomacia y las de la vida de un hogar pletórico de amor. Pero en su mente seguirán presentes aquellas hazañas y aventuras vividas durante siete años, los mejores de su vida.

⁴² "Pero yo, por cumplir el apetito, / que era poner el pie más adelante, / / corri una media milla do un escrito / quise dejar para señal bastante / y en el tronco que ví de más grandeza / escribí con un cuchillo en la corteza: / aquí llegó, donde otro no ha llegado, / don Alonso de Ercilla, que el primero, / con sólo diez pasó el desaguadero / el año de cincuenta y ocho entrado / sobre mil y quinientos, por febrero..." / Canto XXXVI, 28-29.

⁴³ Es sabido que Alonso de Ercilla fue condenado a muerte por el mismo García Hurtado de Mendoza, por el incidente que tuvo con el capitán Juan de Pineda. A última hora fue indultado.

⁴⁴ El 13 de diciembre de 1558, Alonso de Ercilla embarcó para Callao "en un grueso barcón, bajel de trato". En noviembre de 1561 llega a Panamá y, después de restablecido de "una enfermedad larga y extraña", parte para España, adonde llega el 7 de agosto de 1562.

Fr. Diego de Ocaña.

Si de audaz y valiente aventurero puede calificarse a D. Alonso de Ercilla, no menos debe serlo este ocañense de quien ahora nos vamos a ocupar. Fr. Diego de Ocaña, que debe su apellido a haber nacido en esta noble, leal y coronada villa toledana ⁴⁵, sintió, ya desde muy joven, el impulso y la llamada a la más grande de las aventuras que el hombre puede realizar: la conquista del Reino. Así, con mayúsculas. Pero antes le aguardaban otras muchas y no pequeñas aventuras.

Un día, muy temprano, salió de su pueblo camino de la cuna de los más famosos conquistadores: las tierras extremeñas. Llega a Guadalupe, y se dirige al famoso monasterio de frailes jerónimos ⁴⁶, pidiendo ser admitido a la vida monástica. Transcurridos los años exigidos por las leyes para conseguir una suficiente formación espiritual y teológica, hace la profesión religiosa y después recibe la ordenación sacerdotal. La vida de observancia regular no le impide adquirir también ciertos conocimientos artísticos. Bajo la dirección de experimentados maestros aprende a manejar el pincel.

Inesperadamente los superiores lo eligen para confiarle una delicada y responsable misión: ser mensajero y apóstol del culto y devoción mariana bajo la advocación de Ntra. Sra. de Guadalupe por el Nuevo Mundo. Al mismo tiempo, debe recoger las limosnas y mandas que los soldados, conquistadores y emigrantes llegados a aquellas tierras hayan ofrecido en favor del santuario mariano extremeño ⁴⁷. Fr. Ocaña, muy joven aún, pero sano y robusto, debe

⁴⁵ El nombre completo era: Diego de Huerta de Salcedo, pero en aquel entonces era ordinario entre los monjes que les llamaran por el nombre del pueblo.

⁴⁶ El histórico monasterio de Guadalupe perteneció a los Jerónimos desde 1389 hasta la exclaustación (1834). A partir de 1908, y hasta nuestros días, pertenece a los franciscanos.

⁴⁷ En los días que llegó fray Diego al monasterio, la comunidad la componían 112 monjes. La ocupación primaria de ellos era la alabanza del Señor, dedicando a la oración ocho horas diarias. El monasterio servía de acogida a infinidad de peregrinos, pobres y necesitados que llegaban hasta allí.

Existía una afamada escuela de miniaturistas, copistas de libros de coro, plateros y orfebres. Durante siglos los reyes fueron los grandes protectores de este monasterio, los cuales concedieron para su mantenimiento que pudieran *limosnear* por toda España y también por tierras americanas.

acompañar a fray Martín de Posada, religioso de probada virtud ⁴⁸.

Otros muchos religiosos de este monasterio guadalupano había partido para tierras americanas con idéntica misión: pero no se conoce ninguno que dejara tan imborrable huella como la que dejara este ilustre ocañense, Fr. Diego de Ocaña. No contentó con cumplir fiel y escrupulosamente con su cometido, se convirtió en el más ferviente apóstol de la devoción mariana bajo la advocación de Ntra. Sra. de Guadalupe. Le vemos cantando por todas partes sus grandezas y maravillas, repartiendo más de 300 ejemplares de la *Historia de Ntra. Sra. de Guadalupe* ⁴⁹, y dejando como recuerdo hermosas reproducciones que el mismo Fr. Ocaña dibujaba y pintaba ⁵⁰.

Pero lo que verdaderamente le ha hecho acreedor a nuestro recuerdo en este V aniversario del descubrimiento de América, es la incomparable contribución a la historia y etnografía de aquellos pueblos hispano-americanos que nos legó en su diario. Bien podemos afirmar que hoy es indispensable contar con este diario de nuestro Fr. Ocaña al querer escribir la historia de aquellos indígenas y de aquellas tierras, que él no sólo describió, sino que en ocasiones dibujó.

Desde que sale de su monasterio el 3 de enero de 1599 hasta que llega a Puerto Rico el 24 de marzo, este diario resulta rico en datos curiosos; pero, desde que llega a Portobello hasta que acaba la primera parte de su relato ⁵¹, se vuelve casi novelesco y francamente impresionante. Son miles de kilómetros los que recorre desde Panamá hasta cerca de la Tierra de Fuego, atravesando desiertos, vadeando ríos, subiendo montañas por veredas y riscos, y sufriendo

⁴⁸ Fr. Martín de Posada era natural de Posada de Llenes (Oviedo). Era el principal responsable de la misión, pero al poco tiempo de llegar a Panamá, de camino para el Perú, al llegar a Paíta, falleció. Por tanto, toda la responsabilidad recayó sobre Fr. Diego, que tuvo que afrontar mil dificultades y peligros.

⁴⁹ Esta primera historia del santuario extremeño fue escrita por Fr. Gabriel de Talavera, en 1598.

⁵⁰ Los encargos y venta de las acuarelas remediaron, en algunas ocasiones, los grandes apuros económicos en que se vio.

⁵¹ Hablamos aquí de una primera parte de su diario porque suponemos que escribió una segunda parte, hoy desconocida o perdida. La primera parte termina cuando Fr. Ocaña se dispone a partir para Nueva España (1605).

las inclemencias duras del calor o del frío, sin faltar las escalofrantes aventuras y privaciones que sólo un joven y bien curtido manchego era capaz de soportar. Hoy nos parece increíble que un simple fraile, desprovisto de todos los recursos, pudiera enfrentarse a tan grandes dificultades, como la de tener que usar la espada para defenderse de las acometidas y asaltos de los indios araucos⁵² y de los fieros chiriguanos⁵³

En las páginas del diario de Fr. Ocaña encontramos interesantes descripciones del físico, de los trajes y de las costumbres de los diversos pueblos indígenas. No olvida ningún detalle, y en algunas ocasiones acompaña sus relatos con dibujos ilustrativos. Describe ranchos, pueblos, ciudades, puertos, valles, ríos, montañas, volcanes, etc. Nada se escapa a su fino instinto de observación. Y en todo deja patente su mucha cultura. Por todo ello, repito que hoy no se puede escribir la historia de los pueblos sudamericanos sin

52 En su viaje de Chiloé a Osorno, Fr. Ocaña y los suyos se encontraron con que esta ciudad estaba sitiada por los araucos. Entonces se dirigieron a Valdivia, y ésta estaba en poder de los indios, por lo cual tuvieron que huir y esconderse en la espesura del bosque. Allí encontraron a dos españoles que habían podido escapar de Valdivia. Fue providencial, porque les sirvieron de guías por aquellos parajes para ellos desconocidos.

No se libraron de ser perseguidos por los araucos, que les descubrieron. Se encontraron de frente con unos totorales y laguna pantanosa, en la que tuvieron que adentrarse para no caer en manos de los indios. En medio del agua y del lodo permanecieron amparados por la oscuridad de la noche y de la niebla. Mientras, estaban oyendo a los indios que planeaban esperarlos al amanecer. En vista de lo cual atravesaron la laguna, al lado contrario de donde estaban los indios. Los caballos ya no hacían pie, pero siguieron adelante, pues preferían perecer ahogados a caer en manos de los indios. Salvada esta dificultad, y después de descansar dos o tres días, emprendieron la marcha, teniendo que atravesar los Andes. Doce días pasaron pisando nieve, sin tener que comer más que maíz tostado.

53 Los indios chiriguanos los encontraron de vuelta de Tucumán y de Buenos Aires, de camino para Potosí. Estos indios eran "tan valientes como los araucanos", y más fieros que ellos. Practicaban el canibalismo y usaban para la guerra flechas envenenadas.

Cuando iba Fr. Ocaña desde Potosí a Tomina, acompañado de un extremeño (era de Guadalupe), llamado Miguel Juárez, fue cuando se encontraron con los chiriguanos. De pronto vieron unas hogueras, señal inequívoca de dichos indios. Doce de estos les salieron al encuentro, y cuando ya se acercaban empezaron a lanzar flechas. Al ver que no podían escapar de ellos, se detuvieron para hacerles frente. Usaban como escudo contra las flechas, Miguel Juárez la capa, y Fr. Ocaña su manto. Al fin se les echaron encima y no tuvieron más remedio que defenderse a espada. Tuvieron la suerte de dar muerte a dos de los indios y herir a algunos otros, por lo cual los demás huyeron. Fr. Ocaña resultó herido por una flecha.

tener muy presente este diario. La posteridad le recordará siempre como pintor, escritor⁵⁴, cronista, antropólogo y misionero⁵⁵.

Cuántas cosas no nos contará quien, como él mismo nos dice, "desde que salí de España, que fue en 1599, no dejé de caminar por tierra y de navegar por mar hasta llegar a lo último de la tierra de Chile, que es la ciudad de Osorno, y a la isla de Chiloé, que es junto al estrecho de Magallanes. Y en todos estos dos años no estuve de asiento en ninguna parte, ni descansé en los dos años, dos meses, sino siempre caminando".

Empezábamos la historia de Fr. Ocaña comparándolo con Alonso de Ercilla como aventurero, y terminamos afirmando que, uno y otro nos dejaron, junto a la emoción de sus andanzas y aventuras, la riqueza inmensa de sus experiencias y de su saber. Uno y otro son acreedores, no sólo de nuestro recuerdo, sino también de la eterna gratitud de todos los amantes del pasado.

Diego de Ocaña.

La historia de Fr. Diego de Ocaña evoca el recuerdo de otro Diego de Ocaña, relacionado con el tema que estamos desarrollando: "Ocaña en América". Como de tantos otros son escasos los datos que poseemos respecto de ese ocañense, que anduvo por aquellas tierras del Nuevo Mundo. Por los documentos existentes en el Archivo de Indias, sabemos que el 1517 estaba en Méjico, y que ejercía el oficio de escribano. Se conservan tres cartas dirigidas al Consejo de Indias. Las tres están fechadas en el mismo año de 1526, en Méjico; la primera lleva fecha del 31 de agosto, y las otras dos, el 9 y 17 de septiembre⁵⁶.

Antes de pasar a la página tan importante que escribieron los

⁵⁴ Fr. Ocaña, además de su diario, escribió varias cartas en las que daba cuenta de sus gestiones; pero, sobre todo, escribió una comedia en honor de la Virgen de Guadalupe.

⁵⁵ Tengo que hacer constar que todas estas noticias sobre Fr. Ocaña se las debo al historiador e investigador D. Arturo Álvarez. Quien desee más informaciones puede consultar la obra del citado historiador titulada *Diego de Ocaña. A través de la América del Sur* edic. Crónicas de América, n. 33.

⁵⁶ Cfr. C.D.I.A. n. 652, folios 296-306; y C.D.I.U., 17, 170.

misioneros ocañenses, o que salieron de Ocaña, no queremos silenciar el nombre de otro ocañense que luchó junto a Alonso de Ercilla en tierras chilenas, consiguiendo un resonado triunfo el 30 de noviembre de 1557. Se llamaba Rodrigo Vega Sarmiento, y desempeñaba el oficio de factor, es decir, encargado de la distribución de efectos a las tropas.

2.- Misión cultural y espiritual de ilustres ocañenses en América.

Ocaña no dio solamente valientes soldados y expertos conquistadores al nuevo continente americano. También envió sabios y celosos misioneros portadores de la fe y de la cultura. Ocaña se proyectó en el Nuevo Mundo llevando y dando lo mejor que podía y tenía: su sangre, su espíritu, su fe y su saber. Como desmotivación de lo dicho vamos a dar una breve reseña de alguno de ellos. Además añadiremos el nombre de otros que, sin ser Ocaña su cuna de nacimiento, en ella partieron para lejanas tierras.

Fr. Juan Osorio, O.F.M.

Según nos cuentan las antiguas crónicas⁵⁷, Juan Osorio era "caballero principal de Ocaña en el Reino de Toledo"⁵⁸. Acompañó al virrey de la Nueva España (Méjico), D. Antonio Hurtado de Mendoza. Era por los años 1535 a 1540⁵⁹. Juan Osorio mereció,

⁵⁷ Cfr. MENDIETA, Fr. Jerónimo, O.F.M. *Historia Eclesiástica Indiana*, tomo 2º, cap. 54, edic. BAC, n. 261, Madrid, 1973.

⁵⁸ La familia de los Osorios tiene gran raigambre en Ocaña. Los primeros Osorios aparecen en Ocaña en el siglo XIV: un caballero de Santiago se casa con una noble dama de esta villa. Desde entonces este apellido se perpetúa en sucesivos caballeros santiaguistas y comendadores. Tenían por escudo de armas dos lobos rojos, como si estuvieran desollados, en campo amarillo. Cfr. Ballesteros y Láziz, *Historia de la villa de Ocaña*, tomo 2º, edic. 2ª, cap. 8, pág. 151 y ss.; y cap. 9, págs. 166 y ss.

⁵⁹ Antonio de Mendoza fue nombrado virrey de Nueva España en 1535, en cuyo cargo estuvo hasta 1550, año en el que fue promovido a virrey de Perú. Fue muy amante de la cultura: fundó la universidad de Méjico y varios colegios. Se dice que llevó la imprenta a aquellas tierras. Escribió un interesante libro titulado *De las cosas naturales y*

desde un principio, el aprecio de tan noble como sabio gobernante, pues era "hombre de mucho punto y gravedad en todas las cosas", según nos dice Jerónimo Mendieta. Por esta razón, el virrey le envió a España para tratar con el emperador Carlos V asuntos de gran importancia. De vuelta para Méjico se encontró en Sevilla con un grupo de religiosos que, dirigidos por Fr. Jacobo de Testera, franciscano, se disponían a embarcar para el Nuevo Mundo. En el trato que tuvo con ellos llegó a la convicción de que "era mejor y más segura la conquista de las almas que aquellos varones apostólicos venían a hacer, que la del oro y de la plata de las Indias, que los hombres del mundo con tanto afán buscan"⁶⁰. Por eso les pidió que le admitiesen en su compañía.

Viendo tan buenas disposiciones y tan relevantes cualidades, allí mismo, en Sevilla, le vistieron el hábito de San Francisco. De esta manera, el hasta entonces soldado y servidor del virrey de la Nueva España, volvió a aquellas tierras convertido en humilde servidor y apóstol de Cristo. El año 1542 hizo su profesión religiosa en Méjico. Imitando a su santo Padre, S. Francisco de Asís, por humildad no quiso ser ordenado sacerdote, aunque "tenía suficiencia" para serlo. Murió en Méjico en 1581.

Fr. Francisco de Cepeda, O.P.

Siendo aún muy joven ingresó en la Orden Dominica en el convento de la Virgen del Rosario de Ocaña⁶¹, de donde era natural.

Terminados los estudios eclesiásticos, y una vez ordenado sacerdote, se alistó para ir al Nuevo Mundo como misionero. Fue destinado a la provincia de S. Vicente de Chiapa, Guatemala, donde desplegó su actividad apostólica por varios años. En 1593, dadas sus excelentes dotes, fue elegido Prior Provincial de los dominicos de aquella región.

Después de muchos años de experiencia llegó a tener un perfecto conocimiento de las diversas lenguas de los indígenas. Para

⁶⁰ MENDIETA, o.c., p. 212.

⁶¹ La Orden dominicana tiene en Ocaña un convento desde 1527. En un principio estaba bajo la advocación de Ntra. Sra. del Rosario; pero a partir del año 1544 se le puso bajo la advocación de Santo Domingo, con el que se le conoce.

facilitar el aprendizaje de dichas lenguas a los futuros misioneros escribió un interesante y curioso libro, titulado: *Arte de las lenguas Chiapa, Zopes, Celdada y Zinecartecas*. Este libro se imprimió por primera vez en Méjico, el año 1560. También se dice que fue autor de un diccionario, hoy rarísimo, editado en Madrid en 1670.

Fr. Luis de Saavedra, O.P.

Siendo rector de la Universidad de Alcalá de Henares pidió ser admitido en la Orden de Santo Domingo de Guzmán. Vistió el hábito en el convento dominicano de Ocaña.

Llevado de su gran celo por la salvación de las almas, solicitó ser enviado como misionero al Nuevo Mundo, como tantos hermanos suyos de hábito habían sido enviados. Fue destinado a Méjico, desempeñando importantes cargos en su Orden.

Dada su gran preparación científica y teológica se le ofrecieron varios episcopados, a los cuales renunció, como renunció también al título de "Protector general de los Indios" de Nueva Galicia. Precisamente para interceder por ellos hizo un viaje a España informando al emperador Carlos V de la situación y trato que aquellos recibían. Hechas las debidas gestiones, emprendió de nuevo el viaje para las Indias, pese a que algunos quisieron disuadirle, dada su avanzada edad y los muchos achaques que padecía. Pero él les contestó: "con gusto arrostraría yo todos los peligros por instruir y bautizar a un solo niño americano". Murió poco después, en 1555⁶².

Fr. Pedro Delgado, O.P.

Fue uno de los trece primeros religiosos que formaron la comunidad al inaugurarse el convento de Padres Dominicos de Ocaña. Compañero y amigo del P. Luis Saavedra, no sabemos si llegaron juntos al Nuevo Mundo.

Incansable andarín, recorrió leguas y leguas a pie, evangeli-

⁶² Cfr. ORTEGA, P. Juan, O.P., "Apostolado de los dominicos en América en los siglos XVI, XVII y XVIII", en la revista *Misiones Dominicanas*, 1921, págs. 268 y ss.

zando aquellas tierras de Nueva España. Entre los cargos que desempeñó están el de Prior Provincial (1538), el de Prior del convento de Santo Domingo de Méjico, y el de maestro de novicios. Murió el año 1560⁶³.

Fr. Angel Maldonado.

Uno más de los misioneros ocañenses que partieron para las Indias, deseoso de llevar la luz del Evangelio a aquellos nuevos pueblos.

Nació a mediados del siglo XVII, el año de 1658. Orientado y dirigido por alguna de las religiosas cistercienses del convento de S. Miguel, de Ocaña, marchó a Salamanca y pidió ser admitido en el convento que la referida Orden tenía en aquella ciudad. Más tarde fue enviado por los superiores a la Universidad de Alcalá de Henares, donde se doctoró en Sagrada Teología.

Por sus relevantes dotes fue nombrado miembro del Consejo de España, y después obispo de Honduras. En 1702 fue nombrado obispo de Antequera (Méjico), hoy diócesis de Oaxaca⁶⁴. Rigió la diócesis hasta su muerte, acaecida en 1728. Durante ese tiempo levantó el edificio de la catedral, fundó 27 parroquias, y concluyó el santuario de Ntra. Sra. de Guadalupe.

Se distinguió por su amor a los enfermos y necesitados, fundando hospitales⁶⁵.

63 Cfr. ORTEGA, P. Juan, P.P., o.c.; VENCES VIDAL, Magdalena, "Fundaciones aceptaciones y asignaciones en la Provincia Dominicana de Santiago de Méjico, siglo XVI", en *Archivo Dominicano*, XI, Salamanca, 1990, págs. 119-180. Fue elegido por dos veces Prior Provincial, y por dos veces Prior.

64 La diócesis de Oaxaca, en principio, al ser instituida por el Papa Paulo III, el 21 de julio de 1535, recibió el nombre de diócesis de Antequera. Más tarde se le dio el nombre de Oaxaca. Hoy es arzobispado y una de las diócesis más importantes de Méjico.

65 Cfr. *Diccionario de Historia Eclesiástica*, tomo 2º, Madrid, 1972; D. Ballesteros y Láziz, *Historia de la villa de Ocaña*, tomo 2º, págs. 196-197, 2ª edic. 1875; y Muñiz, *Biblioteca Cisterciense Española*, págs. 200-201, Burgos, 1793.

José de Acosta, S.J.

Quiero dedicarle también unas líneas a este, por tantos capítulos, ilustre hijo de S. Ignacio de Loyola. Nacido en Medina del Campo en 1540, terminados sus estudios fue destinado al colegio que la Compañía tenía en Ocaña, siendo el primer catedrático de Teología que tuvo dicho colegio.

Pero no sólo destacó por su labor docente, sino también como excelente orador. En pleno auge de la Compañía y fieles al espíritu de su fundador, muchos jesuitas partieron para las Américas. También el P. José Acosta pidió y consiguió que fuese destinado al Perú en 1572. Allí ejerció el ministerio durante diez años. Su gran preparación teológica y su experiencia docente hicieron que a los tres años de su llegada fuera nombrado rector del colegio de S. Pablo de Lima, y al año siguiente, Provincial de todos los jesuitas que trabajaban en aquel reino, y al mismo tiempo catedrático de Teología en la Universidad de S. Marcos, fundada por los dominicos.

Su carácter dinámico y emprendedor, y sus deseos de conocer bien aquellas tierras, le llevó a recorrerlas en compañía del virrey Toledo. Fruto de aquellas expediciones, observaciones y experiencias fueron las numerosas e interesantes obras que luego escribió. Conocedor de la lengua quechua y aymará, escribió en dichas lenguas un catecismo para instrucción de los indígenas. Se imprimió en Perú en 1584. Este mismo año abandonó Perú para dirigirse a Méjico, donde estuvo sólo tres años. Delicado y agotado volvió a España, muriendo en Salamanca en 1600. Sólo mencionaremos algunas de ellas, como la *Historia natural y moral de los indios*⁶⁶, que se tradujo a varias lenguas, y en ella se inspiraron varios historiadores, como Robertson, Herrera y otros muchos. En sus escritos deja bien a entender su espíritu observador, tanto en lo referente a la naturaleza como a las costumbres y situación sociológica de los indios. Sus estudios están presididos de un riguroso espíritu científico y racional. Pero tal vez, la obra que le ha hecho digno de ser el padre de la Misionología fue la titulada "De cómo

⁶⁶ Esta obra la escribió primero en latín, pero la pasó al español. Se editó por primera vez en Sevilla en 1590. En 1591 se imprimió también en Barcelona. En ella se describe la flora, fauna de aquellas tierras así como la climatología, costumbres, ritos, etc., de los indios. Es original cuando habla del Perú. En lo referente a Méjico se inspira en el dominico P. Diego Durán.

procurar la salvación de los indios"⁶⁷. Es todo un manual práctico y utilísimo para todos aquellos que se han de dedicar a la difícil misión de instruir en la fe a los no cristianos.

Al P. José de Acosta se le ha considerado como gran cosmógrafo, historiador y poeta. El gran prestigio que gozaba en su tiempo hizo que el mismo Felipe II le consultara en asuntos de gran importancia. En Roma llegó a considerársele el jesuita más sabio de su tiempo⁶⁸.

Otros misioneros ocañenses.

Hemos hablado de misioneros franciscanos, cistercienses, jesuitas y dominicos que partieron de Ocaña para las Indias, como entonces se decía, para ofrecer sus vidas al servicio de los nuevos pueblos descubiertos y conquistados, siendo sus únicos valedores y protectores.

Pero la lista no ha terminado. De Ocaña era Fr. Alonso de Arellano, dominico, que a los 40 años partió para Chile, en 1613. Y Fray Alonso Díaz que, en plena juventud, a los 28 años, sale también del convento de Santo Domingo de esta villa de Ocaña, camino de Guatemala, donde gastó su vida trabajando por la conversión de aquellas gentes. Y Fr. Blas Fernández que, sin haberse ordenado sacerdote, junto con Fr. Alonso Díaz, se embarcó también para Guatemala el año 1618. Y Fr. Antonio de Cabrera y Fr. Andrés de la Cruz, también ocañenses y formados en este convento de Santo Domingo, que marcharon para las islas Filipinas. Además de estos, nacidos en Ocaña, hubo otros que salieron de aquí para lejanas tierras con el mismo espíritu misionero que los anteriores. Sólo haremos mención especial de uno: Fr. Diego de Soria.

Era natural de Los Yébenes (Toledo). Tomó el hábito en el convento de Santo Domingo, de Ocaña, y después de haber hecho una brillante carrera marchó a América, y desde allí a Filipinas. Sus

⁶⁷ Esta obra la escribió en latín, titulándola "*De procuranda indorum salute, libri sex*", editada en Salamanca en 1588. En 1859 la receditó en Manila el dominico P. Julián Velinchón.

⁶⁸ Para bibliografía puede verse en "*Diccionario de Historia Eclesiástica de España*" antes citado, y en la *Enciclopedia Espasa-Calpe*.

sobresalientes dotes reconocidas por todos, le llevaron a ocupar varios e importantes cargos en la Orden. Fue misionero, primeramente, en la provincia de Pangasinán y después en Cagayán. En 1596 fue nombrado Procurador General en la Corte de Madrid y Roma. Por último, preconizado y consagrado obispo de Nueva Segovia. El Papa Clemente VIII le nombró visitador de los conventos de la Orden en Nueva España (Méjico).

3.- El Convento de Santo Domingo de Ocaña, forjador de misioneros.

No podemos terminar este apartado del tema que nos ocupa sin dedicar una página al multiseccular convento de Santo Domingo de Ocaña, que con orgullo lleva en el pórtico el elocuente rótulo:

"COLEGIO DE PP. DOMINICOS, MISIONEROS DE ULTRAMAR".

Gracias a este sublime cometido, que ha sido realidad y sigue realizando, se libró de la exclaustración y desamortización de Mendizábal (1832-1835).

Si desde antiguo salieron de él excelentes misioneros, fue a partir de 1828 cuando se convirtió de manera exclusiva en escuela de misioneros, donde los que ingresaban hacían expresamente el voto de ir a misiones. Desde entonces en este santuario se forjaron centenares y centenares de misioneros que partieron para la noble y católica nación hispana que es Filipinas, donde vienen ejerciendo una labor incomparable religioso-cultural. Misioneros de hoy, formados también en Ocaña, y que se extienden a todo el Extremo Oriente.

Como dato un tanto anecdótico, quiero llamar la atención sobre algo que, sin duda, es único: este convento es poseedor de una joya de arte, que es el coro. Obra renacentista de finales del siglo XVI. Pues bien, este coro, cuyos bajorrelieves de la sillería superior son santos y santas, están presididos por la Virgen del Rosario. Es una Virgen del Rosario que está rodeada de una guirnalda de rosas y de rayos luminosos, que recuerdan a la Virgen guadalupana. Y, por si esto fuera poco, para evocar el recuerdo de las tierras americanas, tenemos que todas las "misericordias" del coro superior son representaciones incas y aztecas. ¿Quién puede dejar de pensar que los

artistas estuvieron influenciados por las referencias de los misioneros que volvieron de aquellas tierras?

4.- El nombre de Ocaña en América.

En las páginas que preceden hemos visto tantos y tantos ocañenses que partieron para aquellas lejanas tierras americanas. Cabe ahora preguntarnos cuál pudo ser el móvil que les impulsó a abandonar su patria, arrojando tantos peligros. ¿Fue tal vez el deseo, por otra parte tan humano, de conocer nuevas tierras, un nuevo mundo? ¿O fue la búsqueda de un porvenir más halagüeño, o el ansia de nuevas riquezas? ¿No sería más bien el anhelo de gloria y de honra? Por fin, ¿no serían miras más altas como las de llevar la luz de la verdad y del progreso?

Pienso que de todo tuvo que haber un poco, para que, sin más ni más, se lanzaran a atravesar el ancho océano, olvidando los muchos peligros que les acecharían. Dejando a un lado la respuesta justa para cada caso concreto, lo cierto es que ninguno de aquellos aventureros olvidó la tierra que abandonaron. Por eso aquellos ocañenses que fueron dejando sus huellas: de valentía, de arrojo y heroísmo en la lucha, de prudencia y de saber en el gobierno, de celo en propagar la fe, y de firme defensa de los derechos del indio, también quisieron immortalizar el nombre de su patria chica. Así se explica que el nombre de Ocaña aparezca con cierta frecuencia en el nuevo continente.

Ocaña se llama una provincia de Colombia, perteneciente al departamento de Santander. Su capital lleva también el nombre de Ocaña. Fue fundada por Francisco Hernández de Contreras en 1572, en el valle de Hacari. Por eso, en un principio recibió el nombre de Santa Ana de Hacari; pero cuatro años después, en 1576, fue trasladada al actual emplazamiento, en territorio de los indios carates. Fue entonces cuando se le dio el nombre de Ocaña, en recuerdo muy probablemente de un inolvidable gobernador ocañense que se llamaba Pedro Fernández del Busto, de quien hemos hablado anteriormente. Es muy significativo que también esta ciudad colombiana lleve el calificativo de "muy noble y muy leal". Así mismo, coincide con la Ocaña madre en ser importantísimo nudo de comunicaciones, pues "es la llave de varios departamentos y de una república vecina. Todo el norte de Santander busca a Ocaña como

la vía más expedita para salir al río Magdalena y verificar el cambio comercial con todo el litoral del Atlántico" ⁶⁹.

Y como la vieja villa toledana de España, la Ocaña colombiana del Nuevo Mundo es muy rica en historia. El citado novelista ocañero dice: "Oro viejo y oro nuevo hay aquí, señores. El oro viejo es la historia de esta muy noble y muy leal ciudad, la vibración que aún perdura en nosotros de toda una época de gesta y de lujo. El oro nuevo es el que se encuentra en el filón sin que haya manos fuertes y atrevidas que sean capaces de explotarlo" ⁷⁰.

El novelista nos recuerda a ocañenses y a "ocañeros" ⁷¹ ese pasado glorioso que tanto nos honra y emociona, pero al mismo tiempo siente la necesidad y la urgencia de que se trata ahora de crear un porvenir que haga honor a ese pasado. Es preciso, como dice el escrito ocañero, que ahora seamos valientes, "fuertes y atrevidos", para explotar "el oro nuevo" que yace enterrado ⁷².

En Perú, en el departamento de Ayacucho, encontramos repetido el nombre de Ocaña, aplicado a tres localidades: el primero, en la provincia de Lucanas y distrito de Larumate; el segundo está en la provincia de Huasota, en el distrito de Luricocha; y el tercero, en la provincia de Huamanga, en el distrito de Santiago.

También en Cuba encontramos el nombre de Ocaña en la provincia de La Habana, en el término municipal de Güines.

Y por fin, encontramos el nombre de Ocaña en Filipinas. En la provincia de La Isabela hay un pueblo llamado Nueva Ocaña. Este nombre se le puso, a propuesta y petición de un misionero dominico, el P. Tomás Villanova, procedente del convento de Santo Domingo de Ocaña, en el cual había vivido durante ocho años ⁷³.

⁶⁹ MOLINA, Felipe A., "Muros de la ciudad", edic. Ocaña (Colombia), 1970, pág. 217. Este libro es una novela costumbrista, escrita por los años 1934. Forma parte de una colección que lleva el título de "Biblioteca de autores ocañeros".

⁷⁰ MOLINA, Felipe A., o.c., págs. 217-218.

⁷¹ De la misma manera que los de Ocaña de Toledo se llaman "ocañenses", o si se prefiere "ocanienses" (de la palabra latina Ocanna), pero nada de "olcadenses", a los naturales de Ocaña colombiana se les llama "ocañeros".

⁷² Se ve en estas palabras cómo el novelista aboga por un mayor progreso y desarrollo.

⁷³ Cfr. OCIO, "Reseña Biográfica", edic. Manila, 1895, págs. 819 y ss.; PABLO [?], "Historia de la ciudad de Ocaña", Barcelona, 1958, pág. 393.